

## El suicidio

**Eduardo Casillas González**  
*Máster en Bioética*

Nos enfocaremos en esta ocasión en un tema ciertamente delicado, por sus implicaciones tanto en el contexto familiar como en el social, y que se extiende cada día más en sociedades como la nuestra.

No es fácil dar con las causas más profundas del comportamiento suicida. Los motivos y razones que llevan a este acto nos son desconocidos: sólo 15 % deja una carta para explicar el porqué de su decisión. Por lo tanto, los motivos que pueden inducir al suicidio entran en acción más fácilmente cuando el hombre está predispuesto a ellos por algunas conductas fundamentales. A continuación, dos de tales predisposiciones.

### **La falta de un sentido religioso**

La fe en Dios y la convicción de que la vida humana posee un sentido, van estrictamente unidas. Con la primera esta y cae también la segunda. Decisiva es, sobre todo, la certeza de la existencia de una vida eterna. De hecho, cuando el hombre ya no cree en la existencia de una vida después de la muerte, la vida terrenal pierde su significado auténtico, en tanto que esta es esencialmente el camino que lleva a la vida perfecta del más allá.

El hombre privado de fe, más fácilmente considera su vida terrenal privada de significado, en la medida que los fracasos cotidianos se vuelven más frecuentes y el dolor toca a su puerta. Es entonces cuando se inclina a poner fin a su vida, considerada por él ya algo sin sentido. De tal forma, la irreligiosidad y la falta de fe, hoy propagadas considerablemente, predisponen al desprecio por la vida. Por lo tanto, cuando el hombre tira al cesto realmente su propia vida con el suicidio, con ello reniega prácticamente –al menos en el plano objetivo– a Dios como Señor de la vida humana.

### **El sentido de vacío**

Probado en nuestras sociedades, está entre las razones fundamentales del suicidio. Por ‘sentido de vacío’ entendemos la falta de valores e ideales que den contenido a la vida. A largo plazo, el bienestar material y la aspiración a él, por poner un ejemplo, no logran satisfacer realmente al individuo. El suicida está influenciado por el ambiente, que no lo entiende y que lo ayuda poco o nada, así como por las corrientes de pensamiento materialistas, antirreligiosas o ateas. Es lo que dio motivo al Venerable Juan Pablo II para acuñar el término ‘cultura de la muerte’.

En este mismo tenor, siguiendo a Fizzotti y Gismondi, identificamos cuatro fases en la crisis de sentido:

a) La primera está caracterizada por una actitud provisoria ante a la vida. El hombre que ha sufrido o sufre en carne propia la pesadilla de la guerra, se siente profundamente desequilibrado. Los sinsabores causados por la temporalidad del trabajo, de las relaciones afectivas y matrimoniales y con enormes puntos de interrogación sobre el futuro, llevan al hombre contemporáneo al miedo y la inseguridad. No encuentra algún punto firme sobre el cual apoyarse, no ve una perspectiva de solución, no se asoma un futuro que aparezca con

una cierta claridad. Es obvio entonces que dicho individuo viva, si vale el parangón, «al día». Desgraciadamente, siguiendo a VE Frankl, el hombre que vive una existencia sin futuro, se deja abatir desde todos los frentes y por lo tanto ya no tiene la capacidad interior de tener intereses o ideales.

b) Una segunda fase tiene que ver con el fatalismo frente a las fuerzas biológicas, psicológicas o sociológicas que dominan la vida del hombre y las cosas que suceden o deberán suceder. Esto se constituye con claridad como una fuga frente a las propias responsabilidades. Si de hecho se cree ciegamente que todo está «destinado», no vale la pena esforzarse por construir la propia vida sobre la base de un auténtico ideal.

c) Una tercera fase tiene que ver con el colectivismo del cual está dominado el hombre contemporáneo y que deriva inexorablemente en la masificación mas impersonal.

d) El cuarto elemento es el fanatismo, un fenómeno que reclama a la mente la idolatría en el campo político, artístico, cultural, deportivo y religioso: es el peligro de la manipulación es real. Si la persona no observa atentamente la realidad que la circunda, corre el riesgo de convertirse en aquello que los otros desean que sea.

Por lo tanto, el suicidio es la expresión de una falta de sentido, un grito desesperado y angustioso por una vida significativa. Lo que el hombre desea es, a final de cuentas, un contenido que justifique su existencia, que la vuelva abierta, llena de empeño e inventiva. El hombre se encierra en si mismo cuando ha fallado, cuando se ha equivocado en la tarea a realizar, cuando ha olvidado algo fuera de si mismo. En el fondo, la mejor manera de olvidar nuestras preocupaciones consiste en donarse a los otros, sin olvidar que la puerta de la felicidad se abre solo hacia afuera. Quien intenta forzarla en sentido contrario, termina por cerrarla aún más. La forma más segura de obtener alegría y paz, es hacer algo por los demás. Y esto lo puede decidir sólo el individuo. El hombre es libre de construir el propio futuro. Está en el enriquecerlo o deformarlo.

El sentido de la vida puede nacer también cuando, solos, sin ayuda ni esperanza, se siente una llamada específica. Es el momento en el cual se solicita al hombre de cambiarse a sí mismo, desde dentro. En este sentido se expresó León Tolstoi en la novela La muerte de Ivan Ilich. Un hombre de más o menos 60 años, empleado en la Corte de Justicia, siempre fiel a seguir la carrera y un modelo banal-cotidiano de vida, con la enfermedad, sobrevenida a consecuencia de una caída, se da cuenta que la muerte cada día lo penetraba; mas por una intuición llegó a entender, no sólo en el afrontar la muerte, sino también en el considerar el hecho de haber desperdiciado su vida, que toda su existencia había estado virtualmente ausente de significado y, gracias a esta intuición, renació más grande que antes, creyendo más allá de sí mismo, y de esta forma se volvió finalmente capaz de colmar, retroactivamente, su vida de un significado infinito, adquiriendo el nuevo estado como luminosa calma.

Incluso frente a ciertas enfermedades graves se puede encontrar un sentido. Existen experiencias de vida extraordinariamente realizadas en cuanto las personas han tenido la fuerza de superar obstáculos temibles. Estas personas nos atestiguan que la fe, que asegura que Dios está cerca y junto a toda existencia humana y que esta tiene valor al menos a sus ojos, ayuda a no decir antes de tiempo que un destino (el propio o de los otros) está perdido «porque no tiene ni tendrá sentido». Si en la cruz de Cristo Dios como hombre descendió en lo más profundo de la miseria humana – salvándonos y manifestándonos hasta el

extremo el amor de Dios por nosotros—, entonces se puede descubrir la solidaridad que ha establecido con la humanidad entera que sufre. Nos podemos convencer que no existe situación tal que Él no haya conocido y en la cual no pueda tendernos la mano. Entonces para el creyente, el sufrimiento comienza a asumir un sentido, a cambiar de aspecto. En el sufrimiento mismo se puede encontrar a Dios.